

Willy Uribe

# Revancha



# 1

Manila encendía sus luces cuando llegó Miguel Montes. Un lugar como todos, creyéndose mejor que otros y nunca de otro modo. No existe lugar habitado en la tierra que no crea en esa idea, aunque sea el último agujero. Lo mismo puede decirse de las personas. Todos conocemos un sinfín de individuos que no valen ni una milésima parte que nosotros. Es cierto. Y si encontramos a alguien que nos supera, preferimos imaginar los resortes que habrá accionado para lograr algo que en realidad no se merece, porque esa persona, siendo sinceros, no vale la milésima parte que nosotros.

Encontrar a una persona que reconozca que hay otras de valía superior no es sencillo. Esa especie no abunda. Miguel Montes era uno de ellos. Por ese motivo estaba en Manila, en el despacho del señor Legazpi, un hombre inteligente que había logrado obtener buenos réditos de su inteligencia. Miguel Montes también era inteligente, pero el beneficio obtenido hasta el momento le parecía escaso.

—Se equivoca, señor Montes. No es la riqueza, es el aburrimiento.

El señor Legazpi no era un gurú, ni siquiera un sociólogo. Poseía un par de factorías textiles en China y regentaba un burdel de lujo instalado en un palacio y frecuentado por clientes de alto nivel. En ese momento hacía negocios con Miguel Montes, recién llegado de Madrid con una corbata naranja y un traje gris.

—Hace una semana llegó una chica de Polonia. Lo lejos que queda eso, Dios santo. Vino aquí y preguntó por mí. La gente me conoce y me respeta. Solo porque acostumbro a tener razón. Ya sé que está aburrido, se lo repito, y ustedes los occidentales no saben aburrirse.

Su nacionalidad era filipina, pero Legazpi se jactaba de tener familia en los cinco continentes. Afirmaba que su padre era chino y que su madre, francesa, era hija de una tahitiana y de un comerciante yanqui. Observando su rostro con detenimiento no se podía extraer una conclusión rotunda sobre su origen, pero Miguel no quería perder el tiempo, esas historias le importaban poco. Legazpi estaba a punto de hacerle una oferta. Aceptaba su petulancia por la seguridad con la que se desenvolvía, pero ya comenzaba a cansarle con su cháchara. Legazpi pareció advertir su impaciencia.

—¿Prefiere que vaya más rápido, señor Montes?

—Se lo agradecería. En cuatro horas cojo un avión para Pekín. Por ahora soy un hombre apesurado. Tal vez su oferta me convierta en alguien más pausado, como usted.

—Va deprisa pero se aburre y quiere ir despacio para divertirse.

—Eso es. Parece un proverbio chino, seguro que hay alguno por el estilo.

—Seguro que sí.

Hacía frío en Manila. La casa era vieja y de piedra. Miguel volvió a insistirle en que entrara en detalles, pero Legazpi no le hizo caso.

—Mi padre era de Shanghai. Ahora aquello parece Nueva York, pero hace cincuenta años era una basura. Se marchó a Manila, que hace cincuenta años era más o menos decente pero ahora es un estercolero. Es curioso el destino.

—El destino puede cambiarse —dijo Miguel—. Puede que si me comenta su oferta yo comience a cambiar el mío.

—Seguro que lo hará.

Legazpi tenía ojos para regalar. Era todo ojos, como si jamás pestañeara. Miguel Montes le observó con detalle.

—Usted y yo hemos hecho algunos negocios en los que el beneficio ha sido interesante. Nos hemos conocido y reconocemos nuestras aptitudes, nuestra valía. Hemos comerciado con cosas y por lo que parece usted se ha aburrido. ¿Me equivoco?

Legazpi tenía razón, pero Miguel no respondió. Pensó que hacerlo le distraería.

—¿Comerciar con gente le parecería más divertido?

Miguel sonrió. Ya comerciaban con gente. El negocio del textil en Asia no era otra cosa. Pero se limitó a pedirle que continuara. Entonces Legazpi abrió un cajón de su escritorio y puso sobre la mesa una navaja, al menos eso le pareció a Miguel, pero se equivocaba, el trasto aquel tenía su historia

—Es un balisong filipino, un cuchillo plegable de mariposa.

Legazpi lo volvió a coger y en menos de un segundo lo desplegó con una sola mano.

—Este tiene unos ciento cincuenta años y es una joya.

Acero toledano y empuñadura de asta de toro. Manejarlo es un arte, pero usted no deberá aprender, con abrirlo con las dos manos le bastará.

Legazpi volvía a enredarse, pero Miguel intuía que la oferta sería atractiva.

—Hay una leyenda filipina que habla de un guerrero que mató a veintinueve enemigos con un balisong. ¿Se imagina?

¿Por qué no? Miguel Montes imaginaba eso y mucho más. Veintinueve le parecía una cifra ridícula. Puestos a matar, la humanidad, incluso un solo hombre, logran porcentajes mucho más significativos.

—Yo no le pediré tanto. Con tres me es suficiente.

—Tres personas —dijo Miguel.

—Tres mujeres —dijo Legazpi.

Miguel hizo una pausa. Aquello no era un negocio.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Tres mujeres desnudas y asesinadas ante una cámara de vídeo.

La cosa cambiaba. El negocio era claro. Legazpi, además de empresario textil y proxeneta, era productor de porno de alto voltaje.

—¿Cualquier mujer?

—Las que usted quiera.

En ese momento llamaron a la puerta. Legazpi guardó el cuchillo en el cajón y dijo que adelante. La puerta se abrió y apareció una mujer. Legazpi le pidió que se acercara. Era esbelta, rubia y olía a primavera. Miguel afiló la nariz intentando retener su aroma.

—Esta es la chica que acaba de llegar de Polonia. Dice llamarse Lanah.

—Es un placer —dijo Miguel.

—Lo será más tarde. Si quiere, en media hora le espera abajo.

—Desde luego. Pero ahora...

Legazpi despidió a la chica. Esta buscó la mirada de Miguel y le sonrió. Miguel contestó a la sonrisa. Entonces ella se acercó y le besó en el cuello. Después se fue.

—¿Es un regalo, señor Legazpi?

—Por supuesto que sí. Es estupenda, créame.

—Se agradece. Eso quiere decir que usted imagina que aceptaré el trato, pero aún no sé lo que ganaré yo.

—Usted tendrá a esa chica aunque no acepte mi oferta. Y yo tendré su discreción.

—Por supuesto, señor Legazpi.

—La discreción es esencial en los negocios.

—En estos más, señor Legazpi.

Abrió de nuevo el cajón y puso el cuchillo sobre la mesa.

—También quiero su chalet de Madrid.

—Mi inocencia y mi residencia.

Legazpi lanzó una carcajada.

—Exacto —dijo—. Digamos que le propongo algo parecido a intercambiar nuestras vidas. Yo le daría este negocio, que vale bastante más que su chalet de Madrid, y la vida de tres mujeres.

—Las fábricas no las quiero.

Legazpi rió de nuevo, con teatralidad.

—Si quisiera mis fábricas tendría que darme el palacio real de Madrid y matar a veintinueve enemigos. No, señor Montes, le estoy hablando principalmente de este palacio y las tierras que lo rodean, que son unas cuantas hectáreas. Puede continuar con el negocio de las zorras, puede comenzar a criar gallinas o puede ponerse a sembrar girasos-

les. Pero también puede venderlo y sacar una jugosa plusvalía.

—Podría venderlo usted y comprarse un palacio algo más pequeño en Madrid.

—Le aseguro que lo he intentado, pero no resulta sencillo vender una casa de putas. Al menos para alguien como yo. Tal vez sea algo... ¿siniestro?

Esa vez fue Miguel quien se rió.

—Sí lo es, pero a usted le gusta. De todos modos hay un problema llamado «mi mujer». La casa está a nombre de los dos.

Pero Legazpi lo tenía todo preparado.

—No hay ningún problema. Usted tiene un poder notarial de ella.

Era cierto. Helena lo firmó hacía seis meses con motivo de la solicitud de un crédito. Ella trabajaba de comercial en una compañía farmacéutica y sus ausencias eran frecuentes, al igual que las de Miguel. Pero él no firmó ningún poder, ni a Helena le pareció necesario pedírselo.

—Es sencillo. Usted me vende su chalet de Madrid y yo le vendo este palacio de Manila. Tasamos el mismo precio y no se preocupe por el papeleo. Regentar un burdel de lujo acelera los trámites. Le llamaré cuando esté todo preparado. No necesitamos esperar a que acabe su trabajo, los dos sabemos que lo hará.

—¿Tanto espera sacar por esos tres vídeos?

—El negocio del porno es increíble, señor Montes, ni se lo imagina. Un burdel es calderilla, aunque sea de lujo.

—Eso va un poco más allá del porno.

—¿Le asusta?

—Me intriga.

—¿Acepta?

—Acepto.

Entonces Legazpi le acercó el cuchillo y Miguel lo cogió. Nada más tocarlo ya comenzó a definir su estrategia.

## 2

—De tres a cinco los domingos estaría bien. Creo que a los cuatro nos va esa hora.

—Tanto como cualquier otra, Miguel, pero ya sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Que no depende de nosotros.

Miguel sujetaba el teléfono y al otro lado del mundo, tras rebotar en un par de satélites y algunas antenas, estaba Juan.

—Pues debería —dijo Miguel.

—¿El qué?

—Depender de nosotros.

—Ya, ya lo sé.

—¿Entonces, de tres a cinco los domingos? —preguntó Miguel.

—Sí, por mí de acuerdo, pero primero tengo que hablar con mi mujer.

—Pues date prisa. El partido es en abril y como no entrenemos nos van a dar pero bien.

—¿Y tú? ¿Ya has hablado con la tuya?

—No necesito hacerlo. Sé que no pondrá pegas.

—La mía un montón.

—¿Has hablado con Anselmo y con Ricardo?

—Sí. Y lo mismo que yo, Miguel. Y lo mismo que tú. Que a tu mujer se le pueden cruzar los cables y decirte que ni hablar.